



Editorial / Editorial / Editorial

Preguntas sobre la crisis y nosotros

Miguel A. García

Un debate reciente invita a revisar los efectos de la crisis financiera y social que hoy padecen muchos países sobre las disciplinas interesadas en las prácticas sonoras. Este debate, impetuoso en la etnomusicología y extensible a otras disciplinas, puede orientarse a partir de un puñado de preguntas: ¿es la crisis un nuevo escenario para pensar y escribir sobre las prácticas sonoras?, ¿de qué tipo de crisis estamos hablando?, ¿quién la define?, ¿su definición es funcional al dispositivo que pretende reproducir un hábitat de pensamiento y acción unidireccional que va del centro a los márgenes?, ¿se trata de una crisis del observador y/o del observado?, ¿es posible encontrar en ella una nueva validación del saber etnomusicológico y de la disciplina misma?

Timothy Rice (2014) sugiere que, en los últimos 15 años, la etnomusicología ha respondido a la crisis estudiando las músicas en relación con los conflictos bélicos, las migraciones forzadas, la violencia, la pobreza, las enfermedades y otras tragedias. Esta reorientación temática, que Rice ubica en una *ethnomusicology in times (and places) of trouble*, muestra que la vivencia de una crisis que se extiende en varias geografías ha dado origen a una etnomusicología más comprometida y sensible, una etnomusicología de crisis. Con esto, Rice responde parcialmente la primera pregunta: efectivamente la crisis es un escenario que propicia una nueva actuación de los etnomusicólogos. También hay que agregar que la crisis actúa recortando presupuestos, cargos, publicaciones, reuniones científicas y muchas otras actividades de investigación y docencia.

En este punto es necesario resaltar que la crisis no afecta por igual a los centros que suministran y administran el canon etnomusicológico y otros que, en buena medida, operan replicando o cuestionando el saber emanado de los primeros. La crisis se manifiesta irregularmente, con mayor crudeza entre las personas e instituciones de menores recursos. No obstante, esta afirmación debe matizarse si pensamos en los países de América del Sur que han logrado aminorar sus efectos mediante la aplicación de políticas redistributivas orientadas a la inclusión social y a la autonomía comercial, financiera y monetaria. Otra diferencia debe destacarse: particularmente en algunos países centrales, a la crisis financiera y sus dramáticas consecuencias sociales se agrega un sentimiento de amenaza vilmente alimentado por poderes con apetitos territoriales y comerciales que azuzan el temor a un atentado, una pandemia proveniente de “otra raza”, una inmigración “descontrolada”, etc. Dada esta situación, es de suponer que si la crisis se manifiesta con tanta diversidad también serán diversas las consecuencias que ésta tenga sobre los desarrollos locales de nuestras disciplinas. Tal vez sea el momento de preguntarnos sobre el carácter que adquirirá un nuevo tipo de encuentro: entre un



observador de una sociedad rica empobrecido con un observado de una sociedad pobre que ha logrado mejorar significativamente sus condiciones de vida.

Falta aún reflexionar sobre una pregunta íntimamente ligada a las anteriores: ¿es posible encontrar en la crisis misma una validación para nuestro trabajo? Para algunos estudiosos, éste parece ser un camino transitable. La etnomusicología de raigambre centroeuropea (ubicada en uno y otro lado del océano) ha estado siempre obsesionada por hallar una razón para hacer de su empresa algo necesario e importante¹. Así se sucedieron discursos que trataron de validar, según los casos, la disciplina y sus objetos de estudio: “el estudio de la música de los “primitivos” puede develar nuestro pasado musical”, “la investigación musical abre puertas para entender las sociedades de manera que ninguna otra disciplina puede hacerlo”, “la música es una de las expresiones más importantes de los pueblos”, “la música es una expresión presente en todas las culturas”, etc². Estas ideas, expresadas explícita o implícitamente en distintos momentos de más de un siglo de historia institucional, son síntomas de una actitud que puede caracterizarse como “musicocéntrica”. Se trata de un reduccionismo que busca centrar el objeto de estudio para centrar la disciplina y finalmente centrar al investigador como sujeto. He aquí un círculo cuasi narcisista: el objeto es importante; por lo tanto, la disciplina que lo estudia y el experto que se mueve con sus herramientas también lo son. Finalmente, ese experto “importante” solo puede seleccionar para su estudio objetos igualmente “importantes”³. Esto no es nuevo ni exclusivo del área; muchas disciplinas intentan comprender el mundo sobrevalorando sus acotados marcos explicativos.

Hoy algunos etnomusicólogos han iniciado la búsqueda de una nueva validación del saber en la crisis misma. Con este propósito intentan demostrar que pueden hacer algo para contrarrestar sus efectos adversos –y aun los efectos devastadores propios del funcionamiento del capitalismo. Para ello acentúan los aspectos participativos, colaborativos y supuestamente desjerarquizados y sustentables de sus investigaciones –lo cual fue realizado varios años antes por la antropología. Sin duda, esto es bueno. No obstante encierra un riesgo: la vuelta al musicocentrismo. Recurramos a un ejemplo imaginario que puede funcionar como hipérbole de algunos proyectos en ejecución. Supongamos que alguien decide efectuar una investigación musical en una cárcel sudamericana y que uno de sus objetivos consiste en contribuir a mejorar las condiciones de la población carcelaria y facilitar la reinserción de los presos en la sociedad una vez cumplida la condena. Un debate sin concesiones sobre esta investigación debería comenzar por responder los siguientes interrogantes: ¿no hay otras disciplinas más eficaces para cambiar esta situación que la etnomusicología? Si esto es así, ¿hacer etnomusicología no se convertiría en algo frívolo y superfluo frente a la situación dramática que viven las personas en la cárcel? (Desafío al lector a trasladar estas preguntas a investigaciones en curso que tengan como beneficiarios a personas en algún tipo de riesgo).

¹ Por esta razón, muchos colegas han manifestado su agrado con la revaloración que ha recibido la disciplina en manos de reconocidos *outsiders*, como Ruth Finnegan (1999) y Nicholas Cook (2008).

² Cuando la validez de la disciplina se ha visto amenazada, han surgido discursos que intentaron restaurarla. Para un caso reciente, ver Guilbault (2014).

³ Una de las pocas críticas a este modelo la hace Deborah Wong (2014) en torno al concepto de poder.

De cara al estado actual de la disciplina, las respuestas a estos interrogantes parecen conducir a dos alternativas: abandonamos la idea de cambiar algo o cambiamos de disciplina. Con esto quiero decir que no hay lugar para validar la etnomusicología por algo que no puede hacer o que hace de manera deficiente. En todo caso, resulta más honesto buscar la importancia del saber que se genera en otro lugar. Llevando esta preocupación a un escenario mayor de crisis caemos en la misma encrucijada: cuanta más conciencia tomamos de la nocividad que tiene la crisis para la población de mayor vulnerabilidad, tanto más puede aumentar nuestra comprensión sobre la baja capacidad que tiene la etnomusicología para intervenir contra las iniquidades y otras injusticias. No obstante, el hecho de que hoy el potencial de la disciplina para generar una transformación social o de otra índole sea francamente bajo o nulo no quiere decir que en el futuro esto permanezca igual. Por esta razón es legítimo seguir explorando nuevas perspectivas en busca de una etnomusicología sensible a lo social y efectiva para su transformación. Independientemente del resultado final, esta búsqueda servirá para hacer frente a un impulso solipsista de la disciplina que, parapetado en el prefijo “auto” y en la sobreabundancia de pronombres personales de primera persona, pretende celebrar un único sujeto: el investigador.

Referencias

- Cook, Nicholas. 2008. “We Are All (Ethno)musicologists Now”. En: Stobart, Henry (ed.), *The New (Ethno)musicologies*, pp. 48-70. Maryland: The Scarecrow Press.
- Finnegan, Ruth. 1999 “¿Por qué estudiar la música? Reflexiones de una antropóloga desde el campo”. *Antropología. Revista de pensamiento antropológico y estudios etnográficos* 15-16: 9-32.
- Guilbault, Jocelyne. 2014. “Politics of Ethnomusicological Knowledge Production and Circulation”. *Ethnomusicology* 58 (2): 321-326.
- Rice, Timothy. 2014. “Ethnomusicology in times of trouble”. *Yearbook for Traditional Music* 46: 191-209.
- Wong, Deborah. 2014. “Sound, Silence, Music: Power”. *Ethnomusicology* 58 (2): 347-353.